

El teatro que nos juntó

Grupalidad, ensayos, cuerpo, actuación. La vuelta a casa, la vereda del anexo. La inundación. El tiempo en el que fuimos *primero turno noche*.

Compartimos nuestros textos por un grupo de WhatsApp. “Amiga, me pusiste rocio rubaran”. Nos reímos. Jiuli manda fotos. Estábamos jóvenes, divertidos, amuchades.

Pasaron más de diez años y escribimos sobre nuestras Primeras Clases, allá por el 2013 en la Escuela de Teatro de La Plata. En los textos se repiten palabras como huellas, revoluciones personales y aprendizajes grupales.

En tiempos de individualismo, crueldad y mercado, reivindicamos al teatro y a la construcción colectiva del saber y del estar; defendemos a la educación artística, pública, gratuita y de calidad que nos reunió.

El teatro agrupa, cuenta, milita y salva por Rocío Zubarán

Corría el año 2013. Si tenía certeza de algo es que no iba a ser opacado en lo absoluto. La inundación se había llevado todo pero había dejado lo más importante: las ganas de actuar. Recuerdo caminar subiendo las escaleras de la sede de 2 y 49 con decisión. “Chicos, está sobrepasado el cupo”. Cada año solía pasar lo mismo en la cátedra de Juan Pablo. Todos estábamos en silencio. Por dentro pensaba que de ahí no me movían.

La clase arrancó probando ritmos al caminar. “Siento el deseo, frunzo las zonas bajas, me paro como un boxeador. Me río, me río mucho, me río como un vampiro. Elijo un punto y voy.” Afuera se escuchaban las peleas de los trapitos, los colectivos que pasaban, las risas de los otros alumnos, pero nada de eso irrumpía el clima que se generaba en el aula de teatro del segundo piso. “Me miro a los ojos. Tiempo. Escarbo en la profundidad de la mirada del otro, ¿en cuántos niveles sensitivos puedo estar?”

Recuerdo las tensiones de esos cuerpos tirados en el piso al final de una clase, intentando bajar después de tanta adrenalina.

En tu segundo año de carrera creés que hasta el mismísimo Marlon Brandon querría compartir escena con vos. Spoiler alert: cuando terminas, te das cuenta de que tenés más dudas que certezas. El teatro agrupa, cuenta, milita y salva.

Prefiero perder con mis amigos, que ganar con los indeseables

por **Jiuliano Cabrino**

Siempre fui una persona impulsiva, reflexionando poco las cosas y tomando decisiones rápidas y abruptas. A mí favor, siento que en las importantes tomé la mejor decisión, pero a veces entender esa decisión me llevaba tiempo.

Me vine a vivir a La Plata en busca de otro Jiuliano, y me encontré a Jiuli, en la Escuela de Teatro. Mis dos primeros años fueron un sacudón enorme a mí pasado, a mí cuerpo, viviendo un éxtasis diario en cada clase gracias a mis compañeros y docentes. Siempre fui más del hacer y poco del estar, y esa ficha me cae cuando Juan Pablo Thomas en primer año me dice: “Entre errores y aciertos siempre intentaste, y en el último día entendiste de que se trata esto. El año que viene Alicia te va a disfrutar y vos también vas a poder disfrutar del teatro.” Y no se equivocó.

De mí primera clase volví caminando a casa, 20 cuadras a las 12 de la noche, llorando de alegría, hablando por teléfono con mi vieja diciéndole que encontré la felicidad... No me equivoqué.

Gran responsable de este recorrido fue la grupalidad, las amistades que construimos. Recuerdo horas de charla, de estudio, de ensayo, de cenas y vino, de ensayo y vino, del frío del tren y el calor humano de las aulas. Y desde un principio entendí que la clave está ahí, en los vínculos que forjamos, y que después se ve qué roles ocupamos o de qué trata la obra que construimos. Esa fue la gran enseñanza de Juan Pablo Thomas en el primer año.

“Prefiero perder con mis amigos, que ganar con los indeseables.”

Mi mundo estaba ahí

por **Pilar Manitta**

Habían pasado unos días de la inundación del 2 de abril. Mi casa, que además de llenarse de agua se tiñó de negro por el hollín (había quedado prendida una vela cuando salimos, ya con el agua por la cintura) todavía estaba destruida e íbamos acondicionándola junto a amigxs, familiares y vecinos. Desencajada, llegué a la Escuela de Teatro, a lo que sería mi primera clase de actuación. Me acuerdo de aquella ronda inicial en un aula del Anexo en donde Juan, quien iba a acompañarnos como docente durante ese año, habló de su casa también inundada, del bote del vecino, de su bebé de unos pocos meses, de los muertos que cada vez eran más. Su mirada conmovida y esas primeras clases de poner el cuerpo a pesar de todo, fue lo que inauguró un tiempo de trabajo, aprendizajes y grupalidad al mango.

Algunos llegábamos de la Escuela de Arte, otrxs de los diferentes turnos, otras volvían a cursar el primer año. Confluimos el gran *Primero Turno Noche* y al cabo de unas clases ya andábamos “haciendo puerta”, armando jodas, coordinando ensayos. Juan Pablo nos contagió rápidamente el entusiasmo y habilitó con generosidad su conocimiento sobre el teatro y algo más.

Me acuerdo un ejercicio en dónde buscando cierto registro de actuación para una escena, él que se había enterado que yo militaba en la Juventud Guevarista, se acercó y me susurró: “Es esa la mirada, son los ojos del Che...” Y entonces algo pasó. Mi mundo estaba ahí. De qué iba la escena no sé, pero no tenía que “sacarme” nada para actuar. Esa invitación a generar conexiones sensibles valorando lo singular de cada cuerpo, de cada imaginario, de cada experiencia fue un gesto y una enseñanza para siempre. Y que el mundo de unx es siempre un mundo compartido, signo y señal de una época, memoria e identidad, territorio común, potencia colectiva.

Primero turno noche fue grandioso porque estuvimos ahí, siendo junto a otros. Actuando mucho y cuidándonos. Una banda de amigxs que nos sentimos a salvo.

Todo era cuerpo, ir para adelante

por Diego “Pipin” Bezzi

Esas primeras clases me marcaron mucho. Fueron tan reveladoras a un punto tal que me encontré conmigo. Yo que andaba muy perdido, que no sabía quién era, lo que quería. Nada me llenaba o mejor dicho, me sentía vacío, sin un rumbo.

Cuando empecé a cursar Actuación en la Escuela de Teatro, en el primer año turno noche con Juan Pablo Thomas, supe que el camino era por ahí. Quería estar ahí. Terminaban las clases y quería que pase el tiempo rápido para volver. Me acuerdo que me iba en bicicleta, re manija, pensando en todos los ejercicios, en la información que me caía, en la potencia que generaba en el grupo y la energía que corría. Era alucinante. Llegaba a mi casa, me acostaba y no me podía dormir. Me quedo con muchas cosas de ese tiempo. Por nombrar algunas: la autonomía de la actuación, la libertad de pensar y la poética individual de cada actuante que es única.

Todo esto con el diario del lunes. Hoy lo pongo en palabras, pero en ese momento era todo cuerpo e ir para adelante.

Quizá también es parte de ese aprendizaje, que con el tiempo uno lo puede poner en palabras.

Primer y segundo 1°

por Camila Paz Ballesteros

Contra todo pronóstico de mi historial académico, durante el primer cuatrimestre en la Escuela de Teatro mis notas de las materias troncales de Actuación y Voz fueron tan bajas que los docentes me recomendaron recurrar las dos materias, por ende, debía también recurrar Movimiento, la tercera materia troncal. La avalancha de angustia e incertidumbre que esto me generó en su momento fue profunda, no solo a nivel personal, ya que había venido a estudiar a La Plata desde el interior y trabajaba a la par de la Escuela (con todo el estrés que eso conlleva), sino interpersonal: tenía que cambiar de grupo.

Entiendo que muchxs actuantes pueden trabajar desde la individualidad, independientemente del grupo en el que se encuentren, sea en la escuela o trabajando por fuera con un elenco. Armar grupo en teatro, para mí lo es todo, y eso fue lo más terrible de pensar en su momento: perder un grupo y cruzar los dedos para que el nuevo sea mínimamente aceptable. Por suerte, mi segundo grupo fue una experiencia hermosa y trascendental, que me llevo en el corazón para siempre. Hoy trataba de decidir de cuál primer año hablar y me di cuenta que no podía elegir uno de los dos, porque ambos en su conjunto fueron una experiencia completa de aprendizaje. Recursar fue clave para mi propio proceso. El tiempo es relativo, lo que alguien puede incorporar en un año a otro puede llevarle seis meses o cinco años. Y está perfecto. Obviamente en su momento no lo tomé así, pero ahora estamos con el diario del lunes. Camila del primer 1° subía a escena y se congelaba de terror. El silencio de lxs compañerxs espectadorxs era como un millón de dagas en mis oídos, se me ponía el estómago duro como piedra y no podía respirar. Era tan consciente de que estaba siendo observada que no podía meterme en el juego, tenía miedo de hacer algo mal o quedar expuesta y pasar vergüenza. En todas las clases me repetían que no se me escuchaba la voz y eso era imposible. Yo, el vozarrón más sonoro e insoportable de toda mi familia, tenía el volumen al mínimo y aunque en serio lo intentaba, no lograba subirlo. Cuando se definió que iba a repetir el año (solo habiendo cursado 4 meses) le pedí a Juan Pablo Thomas, nuestro profesor de actuación, si me dejaba continuar asistiendo a sus clases en modalidad de oyente, para seguir compartiendo el proceso con lxs que se habían

vuelto mis amigxs y familia. Por suerte no tuvo ningún problema y creo que eso fue fundamental para mí: seguía en el espacio en el que quería estar, en contacto con la rosca teatral, llevaba mi cuaderno y anotaba los ejercicios y mis propias reflexiones, veía como mis compañerxs avanzaban en sus procesos, como “metían goles” o estallaban en crisis, incluso alguna que otra vez hacía preguntas o daba alguna devolución, alentada por el mismo profesor. Ese segundo cuatrimestre me ayudó a comprender muchas cosas que no estaba pudiendo incorporar. Necesitaba frenar la pelota, observar, entender, acompañar, escuchar.

La Camila del segundo 1° andaba como pez en el agua. Cada ejercicio o improvisación que el año anterior habían significado bloqueos, pesadillas, angustias dolorosas -incluso la terrible pregunta de todo estudiante: ¿Habré elegido bien la carrera?-, ahora eran diversión absoluta. Mi voz por fin volvía a resonar, fuerte y segura como bocina de camión de bomberos. Tal vez lo imaginé, pero creo que ese año alguien me dijo que parecía brillar en escena. Elijo creer que fue real, porque así me sentía yo. Podría decir que todo esto fue solamente obra del tiempo, que cayeron los “veinte” que debían caer, que los melones se acomodaron en el carro o los patitos finalmente estaban en fila, pero quiero insistir en la importancia del grupo.

Mis compañerxs del segundo 1° superaron mis expectativas con creces. Cada clase era una fiesta de sentido. Las cuatro horas gloriosas de actuación no eran suficientes: teníamos que quedarnos rosqueando afuera de la escuela por horas hasta que se hacían las 2 de la mañana y había que volver a la realidad. Imagínense veinte personas de aspec-



to variopinto, en la esquina del Anexo hablando a los gritos, riendo a carcajadas, discutiendo sobre teatro con una seriedad ridícula, tocando la guitarra y gastando los pocos billetes en cerveza (ay, la juventud!). Incluso, varixs compañerxs de mi primer 1° comenzaron a sumarse y la ronda se hacía por momentos tan grande que no entrábamos en la vereda. Y como eso tampoco era suficiente, los fines de semana nos juntábamos en alguna casa para ensayar los trabajos de la escuela y crear nuevos. Alquimistas de la escena, buscábamos inventar códigos propios de improvisación y aprender dramaturgia para bajarlo todo al papel. Nos pasábamos libros de teoría teatral para luego debatirlos y comparar anotaciones, convencidos de haber descubierto oro. Y nadie puede decirnos que no fue así: de la mezcla de estos dos grupos salió lo que hoy conocemos como Colectivo Teatro Rústico. Pero ese es otro capítulo.



Cuando pienso en mi primer año todo esto se me viene a la mente. En particular porque fue la primera vez que me enfrenté a una frustración tan grande que parecía imposible de superar. No sólo lo superé, sino que vinieron cosas mejores y luego volvieron frustraciones similares y volví a salir adelante. Cuando unx empieza una carrera cree que la acumulación de conocimientos es progresiva y lineal. Bueno, pues no. Menos si hablamos de Teatro, porque hay una guía que podés encontrar en los libros, en las clases, en los profesores, pero hay otra que solo la podés encontrar adentro tuyo. Y en tus compañerxs. Si me piden que le dé un consejo a alguien que está empezando el primer año en una carrera de Teatro, solo podría decirle: abróchense los cinturones que va a haber turbulencia, pero la vista desde arriba es maravillosa.



ROCÍO ZUBARAN

Nació en Rawson, Chubut. Estudió actuación y se recibió de Actriz en la Escuela de Teatro de La Plata. Se formó y participó de varios talleres de actuación con docentes como Rosario Alfaro, Pollo Canevaro, Juan Pablo Thomas, entre otros. Fue integrante del Colectivo Teatro Rústico y participó en obras como *Sueño de una noche de verano* y *Sacco y Vanzetti*.

JULIANO CABRINO

Nació en 1990. Es actor, director y docente de teatro. Se recibió de la Tecnicatura en Actuación y el Profesorado de Teatro en la Escuela de Teatro de La Plata. Se formó con Ricardo Bartís, Mariano Saba y Mariano González. Actuó en más de 10 producciones y dirigió 2 obras ganadoras de certámenes y festivales. Realizó giras por 8 provincias desde el 2015, dando seminarios y funciones

PILAR MANITTA

Actriz y docente de Teatro egresada de la Escuela de Teatro de La Plata. Actualmente dicta clases en escuelas secundarias, talleres para infancias y forma parte de la cátedra de Práctica Docente I de la ETLP como docente generalista.

Se formó en dirección teatral, dramaturgia y danza contact-improvisación en La Plata y CABA. Desde el año 2014 hasta la fecha es miembro del Colectivo Rústico donde desarrolla su labor como actriz, participando en diferentes producciones y realizando giras nacionales.

Se encuentra cursando una Diplomatura en Gestión Educativa en la FLACSO y finalizando la Especialización en Lenguajes Artísticos en la Facultad de Artes de la UNLP.

DIEGO BEZZI

Actor. Egresado de la Escuela de Teatro de La Plata. Se formó en el Sportivo Teatral con Ricardo Bartis y Mariano Gonzalez, y con Juan Pablo Thomas, Guillermina Andrade, José Pollo Canevaro y Federico Aimeta. Trabajó como actor en las obras *Los pirañitas* *el lado oscuro de la revolución*, *Circo no está*, *Rieles de la patria*, *Triste campero*, entre otras. Dirigió *El bostezo* y trabajó como asistente técnico en la obra *Mala Madera* de Diego Cremonesi. Formó parte del grupo de trabajo y gestión de la sala platense Área Chica.

Trabajó y se formó con el Colectivo Teatro Rústico participando como actor y director en obras, dictando seminarios y realizando giras por el país. Formó parte como ayudante de la cátedra de Actuación II de la ETLP.

Filmó cortos para la carrera de cine de la Facultad de Artes de la ciudad de La Plata. Actualmente vive en la ciudad de Lincoln. Se encuentra dictando un taller de entrenamiento y producción teatral en GIDI y filmando una película local.

CAMILA PAZ BALLESTERO

Marplatense. Estudió actuación y se recibió de docente en la Escuela de Teatro de La Plata. Es Instructora de Yoga formada en el Sistema A.B.Y. (Asociación Bonaerense de Yoga) y da clases hace tres años. A lo largo de los últimos diez años ha participado en diferentes proyectos teatrales, tanto en el rol de actriz como de coordinadora/directora. Ha dado talleres para adultos de Introducción al Teatro y de creación de Monólogos. Entre otras ramas artísticas exploró la danza, así como la música y el canto en diferentes proyectos musicales. Además estudió Dramaturgia Teatral y escritura creativa.